



El renacimiento de la medicina alternativa

The Renaissance of Alternative Medicine

■ Ronald W. Dworkin

Resumen

La práctica de la medicina alopática tradicional ha cambiado notablemente en los últimos años. Muchos médicos están satisfechos de ser meros ingenieros del cuerpo, y tanto la medicina como la religión organizadas han perdido influencia en grandes porciones de población. Con componentes culturales, religiosos y científicos, la medicina alternativa es un fenómeno mundial que va a más. El autor analiza en este artículo las razones históricas, ideológicas, sociales, profesionales y políticas que rodean este fenómeno, así como los problemas que plantea su regulación.

Palabras clave

Medicina alternativa. Medicina alopática. Religión organizada. Placebo. Acupuntura. Herboterapia. Quiropráctica. Naturista.

Abstract

The practice of traditional allopathic medicine has noticeably changed in recent years. Many physicians are satisfied to be mere engineers of the body, and both organized medicine as well as religion have lost influence in a large part of the population. Having cultural, religious and scientific components, alternative medicine is an increasing worldwide phenomenon. In this article, the author analyzes the historical, ideological, social, professional and political reasons surrounding this phenomenon as well as the problems posed by its regulation.

Key words

Alternative medicine. Allopathic medicine. Organized religion. Placebo. Acupuncture. Herbal therapy. Chiropractic medicine. Naturopaths.

El autor es Médico Anestésista y Doctor en Filosofía política (Johns Hopkins University). Trabaja como anestésista en Baltimore (Maryland) y como *Senior fellow* en el Hudson Institute, Washington DC. La traducción es de Santiago Prieto.

■ La expresión "medicina alternativa" se está convirtiendo rápidamente en equívoca, ya que el término "alternativo" sugiere algo fuera de lo convencional y, claramente, la medicina alternativa no lo es. Desde 1990 hasta 1997, la cantidad que los consumidores invirtieron en ese tipo de medicina aumentó un 45%. En EE.UU., en 1997 supuso más de 21.000 millones de dólares, y un tercio de su población compró productos y servicios en ese campo. En 2000, los consumidores gastaron de su bolsillo en tratamientos de medicina alternativa más que en el conjunto del sistema médico tradicional, o alopático. Los productos médicos alternativos se utilizan hoy tan ampliamente, que en algunos grupos, como los pacientes infectados por el VIH o con SIDA, casi el 100% de los afectados admiten utilizar al menos uno de los incluidos en una larga lista de terapéuticas alternativas.

La medicina alternativa posee una distribución geográfica y una amplitud de uso que son tan impresionantes como justificadas. Los estudios realizados demuestran que la utilización de esa medicina es grande en todas las regiones de EE.UU. y, además, lo es en todos los tipos de enfermedades, desde el cáncer a las enfermedades reumatológicas y neurológicas, o desde enfermedades mentales a la diabetes y los trasplantes. Un estudio llevado a cabo en pacientes con fibrosis quística demostró que el 66% utilizaba algún tipo de terapéutica alternativa. Por tanto, estamos ante algo más que una moda de los seguidores de la *New Age*.

Asimismo, la medicina alternativa no es un fenómeno reciente, ya que ciertas ramas de este movimiento han disfrutado de un amplio apoyo del público en épocas muy distintas. Así, la homeopatía ha sido popular en EE.UU. desde el siglo XIX y en Asia la antigua medicina china lo es desde hace más de 2000 años.

Ni siquiera es fácil definir la medicina alternativa. La mayoría de los seguidores de esta disciplina creen que el cuerpo humano posee una energía que puede ser conducida mediante la manipulación externa, de igual manera que los tejidos se ven afectados por sustancias químicas y radiaciones en la medicina alopática. Esa manipulación de la energía aprovecharía los propios recursos del cuerpo para facilitar la curación. La acupuntura, la bio-retroalimentación y la herboterapia se incluyen en la definición de medicina alternativa, en la que también se hallan la magnetoterapia y la quiropráctica, si bien estas dos últimas disciplinas difieren significativamente de aquéllas en su relación con la medicina alopática. En ensayos clínicos se ha comprobado que la técnica de "reajuste vertebral" utilizada por los quiroprácticos es eficaz para el tratamiento del dolor lumbar. Aún más, la teoría subyacente en dicha técnica posee una clara relación con el modelo biomecánico de la medicina alopática. Sin embargo, la eficacia de la magnetoterapia todavía no se ha demostrado mediante estudios serios e, incluso, podría resultar muy difícil de demostrar dentro del sistema de ideas que gobierna la medicina alopática. En consecuencia, la medicina alternativa abarca terapéuticas que van desde las claramente eficaces hasta las de eficacia dudosa, y desde tratamientos acordes con el paradigma básico de la medicina convencional, a otros que potencialmente darían por tierra con él.

Los políticos están tan confusos como los médicos respecto a la medicina alternativa. Los libertarios clásicos se oponen a su regulación por la Administración, ya que aprecian en tal

regulación una violación de la libertad individual. A su vez, la cultura conservadora recela de esta medicina, a la que considera una manifestación más del multiculturalismo antioccidental. Igualmente, los liberales también están en un compromiso ya que, por un lado, quieren regularla para proteger a los consumidores y, por otro, su vertiente multicultural la ve como un arma poderosa para utilizarla contra las ideas occidentales tradicionales.

Incluso, sigue sin estar clara cuál es la fuerza que impulsa su popularidad. Detrás de ella no están los nuevos descubrimientos científicos. Cuando los hospitales americanos abren consultas de esta disciplina en sus campus, no se debe a que la ciencia haya demostrado su valor, sino a que los estudios de mercado indican que el público quiere tales servicios, y que por ello son un buen negocio.

La profesión médica tampoco promueve la medicina alternativa. Al contrario, muchos médicos americanos la ven como tradicionalmente han observado a la medicina quiropráctica: como algo sospechoso. Mientras muchas facultades de medicina han incluido a la medicina alternativa en sus *curricula*, los médicos en ejercicio tienden a arquear las cejas y sonreír en silencio cuando tratan este asunto.

¿Qué es lo que está alentando la demanda de medicina alternativa? La respuesta es sociológica. En épocas pasadas las personas encontraban alivio para sus pesares en dos instituciones: la religión organizada y la profesión médica. Los médicos y los clérigos ayudaban a la gente a soportar las dificultades de la vida, y al hacerlo establecían un contacto auténtico con sus clientes. Médicos y clérigos tenían una verdadera influencia en la vida de la gente. Pero los cambios profundos que se han producido tanto en la profesión médica como en la religión organizada, han hecho declinar la influencia de ambas instituciones: los médicos parecen más orientados hacia la ciencia y, por las limitaciones impuestas por la medicina gestionada, tienen poco tiempo para ocuparse de las preocupaciones cotidianas de la gente; y, a su vez, la religión parece irremediabilmente antimoderna e irrelevante para la vida. Dado que la medicina alternativa comparte ciencia y religión, se encuentra en el lugar más adecuado para recibir a los que buscan ayuda huyendo de la medicina en una dirección, y a los que procedentes de la religión la buscan en la dirección opuesta.

Médicos siempre apresurados

La medicina gestionada ha cambiado el ritmo de la práctica médica oficial en EE.UU. La mayoría de los médicos de atención primaria intentan limitar a quince minutos la consulta de los pacientes; atender a tantos como sea posible es la única forma de ganarse bien la vida sin tener que trabajar día y noche. Para facilitar la tarea encasillan rápidamente a los pacientes en grupos diagnósticos, y los tratan conforme a algoritmos. Hasta los psiquiatras confían en esos esquemas diagnósticos y a cada instante se refieren al *Manual de Diagnóstico y Estadística de los Trastornos Mentales* (DSM).

Muchos médicos están satisfechos de actuar así, y se sienten orgullosos de ser científicos por encima de todo. Ven a los pacientes que consultan por problemas cotidianos como latosos que interrumpen el flujo regular de sus consultas, y consideran que su trabajo no es gastar tiempo en esos asuntos.

Las mujeres médicos se sienten particularmente molestas por la carga que recae sobre ellas. Algunas ginecólogas me han expresado su queja por el hecho de que sus pacientes acuden a ellas porque son mujeres, esperando que sean "más delicadas" y "mejores escuchadoras", cuando ellas tienen una agenda de consulta tan ajustada como los médicos varones y el mismo deseo que ellos de volver a casa con sus familias. Las médicas no están más libres que cualquier otro colega para hablar dos horas con un paciente.

La profesión médica no siempre ha estado tan limitada en sus competencias, y la culpa de ello no es sólo de la medicina gestionada. Durante muchas décadas los médicos se han asignado el papel de ingenieros del cuerpo. Desde los albores del siglo xx los problemas emocionales de los pacientes fueron dirigidos al cuidado de psiquiatras y psicólogos, y, simultáneamente, los problemas sociales de aquéllos fueron derivados a los trabajadores sociales. En las dos últimas décadas del siglo xx, los dilemas éticos ligados a la atención de los pacientes dejaron de ser una responsabilidad individual de un médico, para pasar a serlo de comités hospitalarios multidisciplinares. A la vez, los deberes espirituales generales de los médicos han sido relegados a grupos comunitarios de autoayuda. Orgullosos de ser en primer lugar científicos y en segundo hombres de negocios, los médicos han delegado gozosamente en manos de otros los aspectos emocionales, morales y espirituales de la atención del paciente. Ello, por un lado, ha transformado la práctica de la medicina en una especie de comercio, en el que los médicos utilizan recetarios de cocina para tratar a sus pacientes; y, por otro, ha hecho que el conjunto del quehacer médico haya ido necesitando un conocimiento humano menos profundo.

Los pacientes ven eso y lo rechazan. He ahí una razón por la que buscan medicina alternativa. Los que la proporcionan, tanto si son naturópatas como acupuntores o herboristas, poseen algo en común: no clasifican a los pacientes en grupos diagnósticos, ni los tratan conforme a un algoritmo predeterminado. Por el contrario, el tratamiento es personalizado, de forma que dos pacientes exactamente con la misma enfermedad a menudo son tratados de manera muy distinta. Y, para determinar la terapéutica adecuada, aquéllos deben dedicar un tiempo considerable a hablar con sus pacientes. Como me explicaba uno de esos prácticos, la gran cantidad de tiempo que consume con cada paciente le impide ganar mucho dinero. Él no puede trabajar con el volumen con que lo hacen los médicos alopáticos.

Al convertirse en ingenieros del cuerpo, los médicos han renunciado a una importante dimensión de la atención médica tradicional. Aunque laicos, los médicos una vez fueron depositarios de la inclinación de la gente a creer en cosas que no pueden ser demostradas experimentalmente. Inflúan en el pensamiento de sus pacientes porque ocupaban una elevada posición social y económica y, también, porque su amplia educación daba la impresión a la gente de que eran juiciosos con respecto a la vida. Esa sutil conexión entre lo médico y el ins-

tinto religioso persiste, pero principalmente en el terreno de la medicina alternativa. En la antigua medicina china, en la medicina Ayurveda, el yoga, la tradición islámica sufí y en los curanderos nativos americanos, la medicina y la religión verdaderamente se confunden. Los pacientes ven como médicos completos a aquéllos que son expertos en ambos campos: capaces de tratar un problema médico y, a la vez, aconsejar sobre la vida.

El sabio generalista de antaño mantenía separadas la religión y la ciencia médica. Sensato con respecto a la vida, y deseando ayudar a los pacientes en sus tribulaciones, recurría a su amplio bagaje educativo para aconsejarles. La religión no entraba directamente en el cuidado del paciente.

Hoy, los médicos se contentan con ser sólo científicos; y muchos carecen de un amplio conocimiento humanístico y ceden a otros el aconsejar al paciente. Aquéllos que intentan ser profesionales completos y satisfacer a los pacientes, han empezado a actuar dentro de las tradiciones religiosas de curación. Tradiciones que combinan ciencia médica con conocimientos de manual. Irónicamente, la religión ha pasado a estar más presente hoy en la práctica médica que lo fue ayer; porque la religión se ha convertido en un sustituto de la sabiduría del antiguo generalista.

La impronta de las religiones orientales en la medicina alternativa tiene menos que ver con una siniestra amenaza multicultural contra Occidente, que con el afán de los médicos por enriquecer sus capacidades profesionales. Dado que el cristianismo y el judaísmo carecen de una tradición médica, son religiones que no forman parte de la medicina alternativa. El hecho de que ésta forme parte de lo que podemos llamar agenda multicultural puede no ser más que una mera coincidencia; muchos médicos utilizan la medicina alternativa sencillamente para facilitar un buen entendimiento con sus pacientes, sin abandonar la ciencia por completo.

El abandono del efecto placebo

En otros tiempos los médicos daban a sus pacientes píldoras de azúcar o inyecciones de vitamina B₁₂ porque, aunque eran inertes, les hacía sentirse mejor. Era el denominado efecto placebo. Aunque carecen de una verdadera acción bioquímica, los placebos fueron un elemento indispensable en la práctica médica habitual.

En las últimas dos décadas los médicos prácticamente han repudiado el efecto placebo. Lo consideran anticientífico, y hoy incluso se encuentran algo incómodos al prescribir aspirina porque es un fármaco casi inocuo. Los médicos consideran que la auténtica medicina es la que incluye la prescripción de sustancias complejas. La utilización de productos sencillos es vista como la vuelta a una vergonzosa era precientífica, y los profesionales que los emplean como representantes de una etapa primitiva en la evolución de la profesión médica.

Sin embargo, el placebo tiene un papel importante en la atención médica. Si la gente piensa que el medicamento que recibe es activo, tiende a creer en él y responde positivamente. La

comunidad científica continúa analizando los placebos en busca de sus posibles efectos bioquímicos, y condenando los fármacos que carecen de cualquier tipo de acción. Y es que, si tuvieran alguna acción bioquímica, dejarían de ser placebos. Su papel es hacer que los pacientes se encuentren mejor cuando no están enfermos, o se sientan aliviados a pesar de su enfermedad (por ejemplo, con menos dolor), o sirvan de esperanza al que sufre un padecimiento terminal. Los placebos actúan sobre la mente; se sabe que no lo hacen sobre el cuerpo.

La medicina alternativa confía profundamente en el efecto placebo, concediéndole un poder que la medicina académica le ha retirado. Con un pequeño matiz: como muchos tratamientos alternativos no han demostrado ser eficaces en ensayos clínicos, ni el que los proporciona ni el enfermo saben con certeza si el tratamiento administrado es un placebo. Preparados como el cartílago bovino o de tiburón, terapias basadas en la risa, remedios a partir de zumos, o terapias con flores, son algunos de los muchos integrantes de la terapéutica alternativa que aún deben ser evaluados adecuadamente. Pero, los que las proporcionan creen en ellas y, si son lo suficientemente convincentes, sus pacientes también tendrán fe en ellas, y se beneficiarán de un efecto positivo.

No veo nada malo en ello, esencialmente porque la mayoría de los pacientes que recurren a terapéuticas alternativas buscaron antes atención en la medicina científica, y sólo recurrieron a la medicina alternativa cuando la práctica científica no pudo ayudarles. Hay pacientes con enfermedades menores que de entrada pueden acudir a la medicina alternativa, con la esperanza de que sus problemas sean abordados con tratamientos menos tóxicos, pero que vuelven al sistema alopático cuando aquélla falla. La utilización de la medicina alternativa puede parecer particularmente razonable, si tenemos en cuenta que el resultado de la terapéutica médica convencional es pobre en la gran mayoría de los casos atendidos por los médicos. Así, el 80% de los pacientes o bien se recuperan por sí solos, o finalmente terminan muriendo como consecuencia de su enfermedad. En muchos casos los médicos que practican la medicina convencional no influyen de manera significativa en la evolución de los padecimientos. Por lo tanto, si la ciencia médica tiene unos límites concretos, y los pacientes son lo suficientemente responsables como para recurrir a la medicina científica en primer lugar, ¿por qué no permitirles seguir terapéuticas alternativas no científicas? La mayoría son inofensivas, y desde el punto de vista epidemiológico no tendrían trascendencia.

La medicina alternativa tal vez actúa mediante el efecto placebo. Aún más, los pacientes se sienten mejor, y ello no siempre se debe al efecto que cabría esperar del tratamiento utilizado. Esta medicina tiene un fuerte carácter religioso, lo que permite a los que la administran dar a los pacientes un sentido a su vida, la enfermedad y la muerte. A través de la medicina alternativa, el enorme poder interpretativo de la religión llega a las personas para ayudarlas a cargar con la enfermedad y enfrentarse a la tragedia.

La medicina científica no ofrece nada parecido. En el mejor de los casos, da a los pacientes una explicación descriptiva y física de lo que está pasando en sus cuerpos. Unas explicaciones que pueden ser acertadas, pero que no dan esperanza ante una enfermedad crónica o termi-

nal, ya que fallan a la hora de dar una perspectiva a la enfermedad y a la muerte que ayude a la gente a asimilarlas con sosiego.

La conexión con la religión es importante. Como médico nunca he sido capaz de desengañar a los pacientes de sus creencias en la medicina alternativa: se aferran a ellas asumiendo datos empíricos, y cuando éstos faltan, aún son mucho más fieles. Puede que esa medicina no tenga ningún valor contrastado, pero enseña mucho sobre la naturaleza humana: las personas sólo dejan de creer en algo cuando dejan de vivir. Cuando la medicina científica llega al límite de sus posibilidades, la gente transfiere lógicamente sus simpatías a la medicina alternativa. La medicina científica puede ser más certera, incluso más veraz, pero en la mente de un paciente deja poco sitio para soñar, algo que es necesario para sostenerle y ayudarlo a evitar la desesperación. A menudo, la aproximación más racional a la enfermedad tan sólo es dar coscorrónes a enfermos terminales, y ello con tal determinación que uno se asombra de la vanidad que puede haber en el forzar a un enfermo a conocer la desnuda verdad de su futuro.

Por el contrario, la medicina alternativa cultiva deliberadamente el misterio e, incluso, lo oscuro. Las personas que suponen que su enfermedad está causada por un desplazamiento de su eje espiritual, o una caída del *Qi*, pueden evitar mirar directamente a la dura verdad de la realidad científica. Y pueden creer en esas cosas que les ayudarían a soportar la enfermedad y el dolor. Precisamente ese es el caso de los pacientes con enfermedades crónicas, que son una proporción cada vez mayor de la población enferma en EE.UU. y Europa.

La medicina científica es incapaz de curar enfermedades como la insuficiencia cardíaca, el enfisema o el Parkinson, y los afectados a menudo tienen vidas difíciles y angustiosas. Esas personas quieren imaginar que tienen alguna esperanza de mejorar, aunque sea pequeña la que les da la medicina científica. La medicina alternativa les aporta esperanza y, aunque sus promesas puedan no ser nada más que palabras, la posibilidad de una mejoría imprevista eleva evidentemente el espíritu de esos pacientes. Lo que no es una mala cosa.

Los cambios acaecidos en la organización de la medicina han hecho que los médicos vean los aspectos sociales y espirituales que rodean a sus pacientes como algo secundario, a la vez que la medicina científica tiene poca esperanza que ofrecer a los pacientes cuando falta una terapéutica eficaz. Como reacción, aquéllos apartan la mirada de la medicina convencional y la dirigen en una dirección concreta: la religión. La medicina alternativa es un importante alto en el camino.

La pérdida de influencia de la religión organizada

La deriva desde la medicina organizada hacia la religión corre pareja con la tendencia opuesta desde la religión organizada hacia la medicina. Los pacientes huyen de los médicos porque éstos están concentrados en el conocimiento racional dando la espalda a los misterios de la vida. A su vez, la religión organizada se concentra exclusivamente en lo desconocido y,

por lo tanto, parece no saber nada. La respuesta de los pacientes, que buscan explicaciones para sus tribulaciones, es huir de la religión organizada con la esperanza de encontrar un poder que sea más creíble y conectado con la realidad. Al hallarse entre la religión y la medicina, la medicina alternativa se beneficia tanto de esta segunda como de la primera huida.

A lo largo del siglo pasado y especialmente en los últimos treinta años, la religión organizada ha ido perdiendo influencia de forma continua entre grandes sectores de población, en particular en Europa. La religión es vista como algo atávico: un retroceso a tiempos pasados en los que la ciencia estaba insuficientemente desarrollada como para explicar muchas cosas de la vida. En círculos elitistas en especial, la religión es observada como una forma de control social, y no como algo que intrínsecamente deba ser tomado en serio.

Ese declinar de la religión ha creado un vacío importante. La gente soporta las cargas de la vida diaria sin ayuda y con la sensación de no saber a dónde va. Algunos desean creer que la religión es una solución, pero a menudo la razón doblega sus creencias. En momentos de grandes problemas esas personas buscan a ciegas un camino para sentirse mejor, pero con frecuencia permanecen sin salir de la oscuridad.

Esa tendencia ha tenido una consecuencia importante: la medicalización de la infelicidad. El tratamiento moderno de la depresión, posibilitada por los inhibidores de la recaptación de serotonina como Prozac y Zoloft, ha inundado el enfoque de las desdichas de cada día. Como los criterios diagnósticos de la depresión clínica son imprecisos, y esos fármacos son seguros, los médicos los están prescribiendo en casos de depresión menor e, incluso, para la mera tristeza. En la última década las recetas de antidepresivos han aumentado un 40%, y tanto los médicos como los pacientes han empezado a ver la tristeza cotidiana como algo inmerso en la esfera de la terapéutica médica. Antes un hombre podía buscar un pastor, un sacerdote o un rabino para desahogarse, pero hoy le es más fácil consultar a un profesional sanitario.

Dado que los tratamientos con antidepresivos están relacionados con la ciencia médica (bastante más que el sentarse en un taburete en un bar hasta emborracharse), parece legítima la intervención médica en la infelicidad del día a día.

La medicina alternativa está envuelta en el mismo aura de legitimidad. Tiene una verdadera conexión con la ciencia, lo que a mucha gente con mentalidad laica la hace parecer más válida que la religión. Ello permite a esa medicina tener lo mejor de ambos mundos: puede utilizar conceptos religiosos como "existencia en armonía" o "el todo", pero dentro de un entorno casi científico. Así, personas que desconfiarían de recibir acupuntura china en un sórdido apartamento en *Chinatown*, a menudo se sienten a gusto si lo hacen en el marco de un moderno hospital.

A la vez, esa medicina elude la utilización de sustancias químicas complejas y potencialmente tóxicas. Por lo tanto, es un excelente término medio para las personas que recelan de los medicamentos convencionales, incluyendo psicofármacos como los antidepresivos, pero que ven la ciencia como una solución para los problemas diarios. Además, proporciona a los que desconfían del sistema médico, incluida su tendencia a una excesiva prescripción de psicofármacos, otra forma de beneficiarse del tratamiento.

Los médicos están confusos con esta situación. Esperan que la gente recurra a ellos cuando está enferma, pero no cuando está bien. Cuando los pacientes acuden a los profesionales de la medicina alternativa, lo hacen porque se sienten infelices, porque lo único que necesitan es hablar o, quizá, porque desean conservar la sensación de bienestar que disfrutaban en ese momento. Los médicos ven esa actividad como una forma excéntrica de medicina preventiva. No se dan cuenta de que los pacientes que actúan así lo hacen totalmente fuera de los corrientes de la medicina. No es que los pacientes estén buscando un tratamiento deliberadamente, sino que lo que están haciendo inconscientemente es buscar una nueva fe.

La estrecha relación que hay entre la medicina alternativa y la religión parece haberse perdido en los médicos occidentales, pero hasta 1989 se conservó en los regímenes comunistas del este de Europa. La mayoría de esos regímenes prohibieron su práctica, o al menos la controlaron con firmeza. Las autoridades comprendieron muy bien las implicaciones de la medicina alternativa, a la que las gentes veían como un sistema de opinión alternativo, una forma diferente de entender la vida que no constituiría una amenaza para una democracia, pero que sí lo era para la ideología imperante en un estado totalitario. La medicina alternativa desafió los estereotipados modelos de vida perpetuados por el comunismo, y creaba una lealtad hacia los que la practicaban que rivalizaba con el sistema. Al perseguirla con dureza, los comunistas demostraron saber juzgar con más sagacidad la naturaleza humana que las autoridades de muchas sociedades árabes, que han permitido el florecimiento de una forma radical del Islam en la sociedad civil, pues suponen que así pueden mantener intacto el aparato gubernamental. Obviamente, éste no ha sido el caso; la ideología que guía la vida cotidiana termina por influir en el Estado.

Resulta irónico que hasta la China maoísta impusiera restricciones a la práctica de la medicina alternativa, cuando la medicina china es el elemento nuclear en ese campo. Las autoridades permitieron que la medicina china fuera prescrita en forma de "recetario de cocina" (similar en gran medida a cómo actúa en Occidente la medicina alopática), pero suprimiendo sus aspectos religiosos y filosóficos.

Aún hay una segunda ironía: muchos países no occidentales, incluida China, imitan a Occidente, cuya capacidad tecnológica admiran. Los Gobiernos de esos países, que persiguen la occidentalización, casi sienten vergüenza por sus tradiciones tan ligadas a la medicina alternativa, y desean ardientemente deshacerse de ellas para modernizarse aún más. Mientras eso ocurre, Occidente está experimentando un gran interés por la medicina alternativa y popular (*folk medicine*). De esta manera, las sociedades premodernas intentan modernizarse adoptando técnicas médicas occidentales, a la vez que las modernas sociedades occidentales pretenden hacerse postmodernas adoptando técnicas médicas premodernas.

La medicina alternativa es algo más que ciencia. También está relacionada con la cultura, sobre todo como actitud ante la creciente crisis que hay en la religión organizada. Incluso en EE.UU., que en la última década ha disfrutado de un cierto resurgimiento religioso, es evidente la crisis en el seno de la religión organizada. Más del 90% de los americanos declaran que

creen en Dios, y más de la mitad acuden periódicamente a la iglesia o a la sinagoga. Sin embargo, la creencia en Dios puede existir sólo en la superficie de las mentes, sin penetrar demasiado profundamente. La religiosidad de la gente se demuestra en cómo responde ante una crisis vital. En esos momentos, hasta los más religiosos acuden a la medicina alternativa en busca de ayuda, convirtiendo el culto religioso en algo poco más que ceremonial.

Política y medicina alternativa

El aspecto más espinoso al que tienen que hacer frente los políticos en el asunto de la medicina alternativa es cómo regularla. En una democracia, los políticos encuentran satisfacción en el hecho de la gente resuelva sus tribulaciones personales a su manera, pero manteniendo la seguridad pública como una atribución del Gobierno. Y, precisamente, el problema de la seguridad de la medicina alternativa se ha planteado en los últimos años. Así, por ejemplo, como anestesiólogo he observado un número cada vez mayor de preparados a partir de hierbas que deben ser incluidos en la lista de productos a considerar por su interacción potencialmente peligrosa con los anestésicos. En la esfera de lo público la preocupación ahora está dirigida a la efedra, hierba con acciones bioquímicas que en ciertos casos pueden ser peligrosas.

En EE.UU., la política pública con respecto a la medicina alternativa se discutió a alto nivel por última vez en 1994, durante el debate de la legislación que separaba las hierbas y los suplementos dietéticos de otros medicamentos que ya eran competencia de la Food and Drug Administration (FDA). En aquel momento, se pensaba que las hierbas y los suplementos dietéticos eran inofensivos, por lo que parecía excesivo someterlos al mismo control que a los medicamentos. Como la FDA no tiene la potestad de evaluar los productos de medicina alternativa que se venden a los consumidores, aquellos estadounidenses que compran un preparado de herboristería no tienen forma de saber con seguridad qué hay en el envase. Algunos legisladores están revisando este asunto a la luz de la nueva información disponible acerca de las propiedades bioquímicas de ciertos preparados de herbolario. Tanto la autoridad reguladora como la legislativa tienen el encargo de proteger a los consumidores.

Los que practican la medicina alternativa y los fabricantes de suplementos dietéticos se quejan de la inminente regulación, pero resulta irónico que lo hagan. Durante años han dicho al sistema médico que lo que ellos practican es una auténtica ciencia, y que sus tratamientos no son sólo humo y magia, sino que, por el contrario, poseen auténticas acciones. La ciencia convencional está demostrando ahora que eso es así (las hierbas y los suplementos dietéticos tienen efectos), lo que significa que pueden afectar a la salud de la gente. Merecer ser regulados significa ser admitidos en el panteón de la medicina seria. Sin embargo, muchos fabricantes y practicantes de medicina alternativa, que durante muchos años han estado buscando ese respeto, ahora se oponen a un acto —la regulación— que otorga a tal medicina la cúspide de la aprobación.

No estoy aconsejando que los productos de herboristería y los suplementos dietéticos se dispensen sólo con receta. Sólo digo que si esos productos actúan mediante algo más que el efecto placebo —en otras palabras, si poseen auténticos efectos bioquímicos— entonces el consumidor debe conocer la pureza de lo que está comprando.

Otro aspecto de la regulación se refiere a los miles de practicantes de medicina alternativa, como acupuntores, naturistas y herboristas, y hasta qué grado deben ser regulados por las comisiones estatales de autorización. En EE.UU. existen actualmente unos 10.000 acupuntores autorizados y otros tantos naturistas (para los que la herboterapia es un pilar de su práctica), frente a más de 700.000 médicos alopáticos. Es más, la licencia que permite la práctica de la acupuntura varía de un estado a otro (solo once estados regulan a los naturistas), mientras que a los médicos alopáticos se les exige una licencia en todos los estados.

El poderoso sistema médico está interesado en este asunto por varias razones. Primera, porque está preocupado con la seguridad pública. Segunda, porque ve invadido su terreno y desea que la medicina alternativa quede bajo algún control. Y, tercera, porque algunos médicos se han cansado de ejercer la medicina científica; se sienten insatisfechos de ser meros ingenieros del cuerpo, y desean diversificarse a través de la medicina alternativa para añadir una nueva dimensión a sus vidas profesionales. Esas tres razones en conjunto han originado una gran fuerza que ha llevado a los médicos alopáticos a apoderarse de la medicina alternativa, echando a un lado a los otros practicantes de la misma. Dentro del sistema médico, algunos están proponiendo hoy un modelo de atención en el que el paciente podría consultar a un naturista o a un acupuntor, pero sólo si es enviado por un médico, e incluso entonces el médico alopático seguiría controlando la atención del paciente.

No estoy de acuerdo con la interpretación que está haciendo el sistema médico. Debe mantenerse el sistema de autorización no alopática de acupuntores y naturistas. Éstos, al conservar los aspectos de atención personal que fueron abandonados por la profesión médica, hacen que la medicina alternativa sea estimada por el público. Hacen hincapié en las relaciones humanas y dedican tiempo a hablar con sus pacientes. Si a la medicina científica convencional se le permitiera absorber toda la medicina alternativa, la profesión médica causaría a esta medicina el mismo daño que ha ocasionado a la medicina científica. Las diferentes modalidades de tratamiento se convertirían en meras herramientas científicas y desaparecería el elemento humanista que rodea su uso.

La medicina alternativa se encuentra entre la medicina y la religión, pero, en lugar de quedar atrapada en el hiato, ha tenido éxito al tomar elementos de ambas, y se ha convertido en un movimiento de moda en todo el mundo. En cierta medida, la medicina alternativa ha triunfado por practicar ciencia y religión indistintamente, por explorar los misterios de la vida y por hablar de lo desconocido mientras halla abrigo en la ciencia, aún cuando sus actividades sean sospechosas de ser otra forma de misticismo primitivo. La actitud responsable ante la medicina alternativa es respetar los derechos de las personas a explorar esas vías no convencionales, a la vez que se educa a la población y se salvaguarda la seguridad pública. Para

aquéllos que trabajan en los estrechos mundos de la medicina y de la religión organizadas, el siguiente paso no es mirar hacia otro lado y atacar a (o mofarse de) la medicina alternativa, sino la introspección e intentar comprender qué está ocurriendo dentro de la medicina y la religión para que tanta gente las abandone.